

Ropas y cenizas

DANIELA NAVARRETE RAMOS

Mientras paseaba su adormilada mirada en los alrededores pensó que todo parecía bañado en cenizas; tan gris y callado era todo en esos días... Y no era que le extrañara, simplemente por primera vez en tantos años logró ver en lo que su hermosa ciudad se había convertido.

Antes de entrar a la tienda miró de nuevo ese parque de árboles demasiado verdes como para que encajaran en semejante paisaje; las bancas ahora mohosas porque ya nadie se sentaba a charlar, sino a lamentarse de tanta desgracia, y la fuente húmeda solamente por las lágrimas de quienes deseaban volver atrás. Junto a las viejas lloronas estaba la iglesia a la que muy bien le iba el nombre de Dolores, ya que ninguna boda o bautizo se celebraba allí nunca; al menos eso le parecía. La ruinoso edificación se veía torcida en una mueca maltrecha, como si quisiera llegar poco a poco al suelo para morir.

La verdad, a estas alturas de su vida ya ella no se acordaba de que antes los niños sí andaban correteando, raspando sus rodillas con bicicletas herrumbreadas; sí hubo matrimonios, como el que ella misma tuvo una vez con palomas y arroz, pero al igual que esas aves, su amor murió, aunque no por culpa del arroz, claro está... Veía como una película vieja su antigua “yo”, la ilusa que soñaba con ser feliz...

Su mayor ilusión (y la más ridícula por cierto) era poder educar a los niños jugando para que por fin dejaran de odiar la escuela. Siempre le parecieron espantosas aquellas señoras con vestidos largos, tan largos como los castigos que imponían, con reglas de madera en mano listas para buscar la piel sensible y trazar tonos de morado y rojo. Poco a poco, al trabajar con todo tipo de niños, la vida y las duras experiencias la devolvieron al mundo real.

Cuando entró a la tienda vio lo mismo que todos los días, cajas y cajas y cajas de ropa. Todas las lacrimosas buscaban entre los montes de ropa algo que les trajera un recuerdo. Ella miró a todas esas mujeres decrepitas, y pensó que seguramente ella se veía igual de envejecida. Buscó de nuevo empujando

aquellos vejestorios de seres humanos para encontrar lo que en su ya muy ajada lista llevaba: pantalón negro, camisa roja con mangas cortas, medias azules con puntitos amarillos (muy pequeños), suéter vino de lana. Todas allí buscaban la ropa de sus amados hijos e hijas que peleaban lejos en una batalla ajena y mortal. Ya nadie recordaba cómo se había iniciado la odiosa e interminable guerra (seguramente por algún motivo estúpido, como siempre), ni cómo de pronto se transformó en un odio que se filtró en los países vecinos y en las almas de quienes no tenían nada que perder.

Todas con sus ojos cansados buscaban encontrar lo que su descendencia se llevó aquel fatídico día en que los pusieron a todos en fila para aprender a matar con el corazón y la mente fríos de venganza y poder. Si una madre encontraba las prendas que llevaban ese día, tendrían la certeza de que sus seres queridos ya no vivían, pero su esencia tal vez aún permanecería entre la podredumbre y la mezcla de olores de tantas personas, o más bien, cadáveres.

La solidaridad hacía mucho que se había desvanecido de la ciudad bañada en cenizas, así que entre empujones y gritos, las mujeres seguían buceando y oliendo, hasta por fin encontrar aunque fuera el recuerdo de lo que sus hijos e hijas fueron una vez.

Por supuesto que entre tanta crisis nadie iba a perder ni la más mínima oportunidad de ganar un poco de dinero, no importa qué tan frívola fuera la actividad, así que la señora gorda de la tienda siempre cobraba a quienes venían a buscar ropa. Todas la odiaban; aborrecían su ambiciosa alma desgraciada, pero eso poco importaba, la ropa lo era todo ahora. Unos decían que la voluminosa mujer no tenía nombre, que nadie sabía de dónde había salido; otros contaban que había tenido una niñez muy sufrida a juzgar por sus muchas cicatrices. La verdad, nadie sabía nada con exactitud, sólo que era una solterona estéril y amargada, de esas que ahora abundan...

Pero ese día, aquella mujer no quería extender la mano y darle las pequeñas monedas a esa señora gorda y andrajosa. “¿Quién demonios se cree que es...?”- pensó.

“¡Vamos, qué esperas!”- le gritó la señora gorda- “aquí no es casa de caridad, llorona”.

Ella la miró a los ojos, pero sin una sola lágrima ni brillo en sus ojos, más bien, estos estaban vacíos y fijos. Entre las cajas, las empleadas se detuvieron curiosas a mirar el insólito cuadro que se pintaba frente a ellas: una pequeña figurilla con una camisa roja en sus manos frente a aquella monstruosidad gorda y fofa. Sólo cinco segundos, ni una palabra, y ese momento jamás sería olvidado por ninguna de esas empleadas.

Con el puño cerrado, un grito ahogado en su garganta, y la camisa roja en el suelo, la mujer se lanzó sobre la señora gorda mordiéndole una mejilla y pateó sus entrañas; como un animal lanzó puñetazos donde pudo. La gorda apenas se defendía de esa endemoniada mujer, pero parecía que los golpes no le infligían ningún dolor a esa figurilla. Entre el caos, unas mujeres corrieron por la calle con cajas en sus brazos, otras gritaban y se lamentaban: “¡cuánta violencia en este mundo!”, otras alentaban a aquella valiente mujer que logró lo que ninguna se

había atrevido a hacer antes, aunque lo deseaban desde lo más profundo de sus corazones encogidos por el dolor.

La figurilla no se bajaba de encima de la gorda, más bien la había tirado al suelo y con los nudillos le arrancaba muchos dientes. Cuando la mujer se sació por fin, pidió al único empleado hombre de la tienda llevar a la señora gorda (ahora inconsciente) al hospital. El hombre, corpulento y con cara de borrego a medio matar, se llevó a la señora gorda arrastrada como si fuera un gran pez que dejaba su ruín sangre desparramada de cuando en cuando.

Para ella el siguiente minuto pareció un año... No sentía las manos ensangrentadas, sólo un corazón violento que le pesaba en el pecho exaltado. Caminó como si se encontrara en un sueño, sacó un puño de billetes verdes, que al igual que los árboles del parque, contrastaban demasiado en esa escena - “¿a quiénes de ustedes, empleadas, les gustaría ganarse un salario?”

El hombre corpulento regresó a la tienda con las manos vacías, y por ello él se sentía aliviado. “Tiene heridas muy severas. Debe quedarse aquí, y quién sabe si vaya a salir”- le dijo la doctora mientras le guiñaba un ojo. Él sabía perfectamente que la doctora se había aparecido innumerables veces en la tienda sin encontrar nunca nada...

El hombre corpulento caminaba con ganas de silbar, aunque por fuera su cara continuaba asemejándose a la de un borrego a medio matar. A nadie se le ocurriría que un hombre tan fuerte, un “héroe de guerra” (o sea, un asesino a sangre fría) pudiera ser esclavo de una señora gorda y malhumorada. Lo que nadie sabía era que él mismo había volado a su mejor amigo en pedazos con una granada. El tener la carne y sangre de su mejor amigo pegada en la piel le quitó su orgullo y sus fuerzas; se retiró ese mismo día del ejército. Ahora todo había cambiado, estaba enamorado, loca e insensatamente enamorado de una de las empleadas, una viuda de pelo rubio y esponjado. Ese era su único motivo para soportar su estancia allí, en esa condenada tienda.

Al entrar, la empleada de pelo esponjado se colgó de su enorme cuello llorando y murmurando: “es un milagro... es un milagro...”

A ella siempre le gustó que las cosas parecieran nuevas otra vez. Limpiar, ordenar, hacer todo brillar era una gran satisfacción, y esa “tienducha” le iba a dar un motivo para seguir viviendo. Miró a su alrededor y en vez de ver la tristeza que emanaba de aquel lugar, vio el futuro, uno brillante para las personas que la miraban incrédulas, y un buen porvenir para ella misma. Tal vez el dinero de su insensible (y muerto por cierto) marido ahora sí serviría de algo.

La empleada de pelo esponjado le hablaba al oído al hombre corpulento: “ella es viuda, ¡igual que yo! ¿Te das cuenta? Bueno, sólo que yo nunca fui maestra... Dice que no tiene a nadie en este mundo salvo ella misma, su difunto marido era adinerado, se lo dejó todo a ella. Y nos ofreció dinero, ¡mucho dinero! A cambio de que trabajemos con ella para mejorar este lugar. ¿Te das cuenta? Voy a poder buscar la ropa de mi hijo y además me pagarán por estar aquí. ¡A ambos nos pagarán! No sé por qué lo hace, ¡a quién le importa! Cualquier cosa sería mejor que esa bola de cebo andante...Dinero... ¿Te imaginas? ¡Dinero!”.

El hombre abrió desmesuradamente los ojos; ni él ni ninguna de las empleadas se pensaba cuestionar su buena suerte. Y aunque todo fuera una ilusión, una mentira de una mujer despiadada, cambiar de dueños nunca es la gran cosa. Tal vez hasta comerían porquerías que no fueran para animales, quién sabe... tal vez de verdad podrían tener dinero...

Durante el día, aquel salón lleno de cajas se llenó de esperanza... La nueva dueña cerró la tienda y sugirió acomodar todas las cajas en la pared del fondo y poner la ropa en tendederos a lo largo del salón para que así las madres entraran en fila, vieran una por una cada prenda y se llevaran lo que encontraran si pertenecía a alguno de sus hijos. Aquello se vería como una marcha solemne (patética y frustrante, además), pero ya sin golpes ni patadas.

Todas las empleadas y el hombre corpulento trabajaron como nunca en su vida. Olvidaron el hambre y el cansancio porque lo que más querían era revisar todas y cada una de las cajas para por fin salir de las dudas que los atormentaban día y noche.

Al caer la noche, ya la nueva dueña había identificado muy bien a cada una de las empleadas. Había dos mujeres que parecían siamesas ya que andaban siempre muy juntas como cuidándose las espaldas; hasta se les encontraría cierto parecido, como si fueran hermanas de sangre. Ellas dos trabajaron sin parar como hormiguitas pegadas con azúcar, diligentes, insignificantes y calladas hormigas. La empleada de pelo esponjado, por el contrario, parecía estar hablando por todo lo que la vieja gorda nunca le permitió, y también trabajaba incesantemente mientras olía cada prenda de cada caja. Le contó a la nueva dueña de su querido hijo y le enseñó la lista de ropa de él. Muy orgullosa le contó que nunca desde que abrieron la tienda había encontrado ni un calzoncillo de su querido hijo. "Siempre fue muy valiente, ¡en nada se parece a su padre! Está muerto, por suerte..." y hablaba y hablaba...

En una esquina, estaba la cuarta empleada, una mujer con cara de niña y un notable retardo mental. Nadie sabía de dónde había salido, pero la vieja gorda siempre la tenía allí, como una mascota o un fenómeno de circo. La gorda siempre se jactaba de ser muy generosa por traer a esa inmunda ciudad por lo menos una esperanza de tener noticias de los hijos e hijas en la guerra, y que esa "retardada", como le llamaba a la cuarta empleada, era la prueba viviente de su generosidad.

La nueva dueña decidió llamarla simplemente Tortuguita, como todos los demás lo hacían, aunque le parecía igual de cruel que llamarla "retardada". A Tortuguita parecía no importarle; sólo se babeaba los dedos y cacareaba canciones que solo ella entendía. Eso sí, era muy, pero muy obediente. Tortuguita pasaba horas de horas balbuceando para sí misma y mirando la pared del fondo, perdida en sus pensamientos, si es que había alguno en esa extraña y distante cabeza. A ella no se la llevaron a la guerra, claro está; nadie quería un estorbo ininteligible.

A la mañana siguiente, la tienda era noticia en toda la ciudad bañada en cenizas; todas las madres hacían fila afuera de la nueva tienda con sus ojos llorosos y sus narices moquientas. Ninguna parecía en lo más mínimo feliz, pero por

lo menos a la nueva dueña le quedaba la satisfacción de saber que esas madres no tendrían que jalarse los cabellos unas a otras para cerciorarse de que sus hijos estaban en efecto muertos.

“¡Dámelo! ¡Es mío! ¡Es de mi hija!”- se oyó casi en la entrada de la tienda- “¡Perra! ¡Desgraciada! ¡Quita tus mugrosas garras de la blusa de mi pequeña!”- le respondió una voz chillona y cortada por el llanto.

La nueva dueña corrió a solucionar el problema, aunque por supuesto los insultos fueron para ella como si también tratara de robar la blusa rosada que se peleaban las dos mujeres. “¡Suficiente, malditas lloronas malagradecidas!”-gritó la nueva dueña- “¡ninguna tiene la certeza de que esto pertenezca a alguna de sus hijas, pedazos de ilusas! ¿Cuántas blusas iguales creen ustedes que hay en el mundo? Mejor háganse a la idea de que ambas están muertas y listo, ¡ambas cadáveres!”- hubo un silencio sepulcral que se rompió por la mujer de voz quebrada- “¡usted no sabe nada! ¡No entiende nada! La blusa de mi hija tiene en el cuello cosido su nombre, ¡yo misma lo cosí para ella! Siempre quiso pensar que era especial... mi niña... mi pequeña bebé...”

La nueva dueña arrancó la blusa de la otra mujer y revisó el cuello- “aquí no hay nada, ¿ve?”- ante esto la mujer dejó de llorar, miró a la nueva dueña por un rato como si el mundo se hubiera congelado, dio las gracias y se fue. Mientras tanto, la otra mujer, abrazando triunfante aquel trapo rosado, le gritaba “¡ja! ¿Viste zorra?, ¡viste como yo tenía la razón! Esto es mío, ¡mío ahora! Es... es...”- y cayó de rodillas, doblegada por el peso abrumador de una epifanía lúgubre... se le encogieron el estómago y el corazón... le rodaron negras lágrimas por la cara- “es... mío...”.

Nadie se dio cuenta de la gran ironía que se dio unos minutos después; el único motivo que ambas mujeres tenían para salir de la tienda era buscar un puente y luego buscar abruptamente el frío fondo del río bajo el mismo... Ahora compartirían un espacio en el infierno.

Al día siguiente, Tortuguita estaba demasiado insoportable. Se pegaba contra las paredes que había contemplado desde que la nueva dueña había puesto orden en la tienda, o más bien, desde que se autoproclamó nueva dueña a punta de mordiscos y golpes.

Ni siquiera las empleadas y menos el hombre corpulento sabían qué hacer con aquella criatura. Sus llantos, sus gritos y sus palabras inexplicables los mantenían a todos con los pelos de punta. “¡Callen a la retardada, por Dios! ¡Estamos casi que en un cementerio y esa no nos deja concentrarnos!”- exclamó una de las madres en su fila fúnebre. “¡Maldito el día en que naciste! ¡Tal vez tú te merezcas un cobro por entrar a MI tienda, grandísima desalmada!”- vociferó iracunda la nueva dueña mientras la mirada de la madre gritona se oscureció, su cara palideció, y continuó callada en la fila.

Pero como hasta la nueva dueña se estaba desesperando, tomó un par de largos vestidos y se los entregó a Tortuguita. Ella la miró incrédula, y como si de pronto se le hubiera olvidado por qué se lamentaba corrió a ponérselos. Las demás empleadas tomaron otras ropas y se las pusieron también. El hombre corpulento por primera vez en años se reía a carcajadas de ver las

inusuales combinaciones de ropa que sus amigas estaban vistiendo. La nueva dueña gritaba con todo el poder de su pequeña garganta: “¡vengan! ¡Vengan todos y admiren a las mejores modelos de nuestra ciudad! Venga y encuentre lo último de la moda aquí en su tienda “La Ballena Herida””- hasta las madres en fila reían casi en silencio al principio, pero ante el revuelo y la algarabía se dejaron llevar por un momento y aplaudían y reían.

Pero las risas pronto se apagaron, la fila continuó solemne a través de los tenderos... Tortuguita se había vuelto a pegar a la pared llorando...

“Ay, Tortuguita... ¡para ya! ¿Quieres?”- gimoteaba la empleada de pelo esponjado mientras el hombre corpulento trataba de detener a la pobre Tortuguita en su esfuerzo por golpearse contra las paredes.

La nueva dueña pensó por un momento, se hincó y miró la desesperación de Tortuguita por unos minutos, luego salió. Todos se sostenían la cabeza en la tienda, frustrados con la actitud tan inusual de Tortuguita. Las siamesas se tapaban los oídos entre ellas y se arrinconaron para alejarse de aquel bullicio. En eso, la nueva dueña entró con una gran piedra gris, y la estalló contra la pared en la que lloraba Tortuguita...

Se sintió el peso de un gran silencio... acaso había tratado de matar a esa pobre criatura... Nada de eso, Tortuguita estaba feliz otra vez, mirando por el hoyo que había dejado la piedra al pasar y tratando de meterse en él.

“Traíganme todas las piedras grandes que encuentren en el parque... ¡rápido!”.

Para cuando cayó la negra noche, las empleadas, el hombre y la nueva dueña habían descubierto que detrás de la pared se encontraban unas escaleras muy angostas que daban a la parte superior de la tienda. La nueva dueña subió con un poco de luz para mirar por dónde andaba, y al llegar al final de las escaleras descubrió dos pequeños cuartos con rejas que sólo dejaban ver pares y pares de piecitos saliendo por dónde se podía.

Inmediatamente, la nueva dueña salió corriendo, sudando frío ante la escena, sin darse cuenta de que todos los demás la miraban con cara de signo de pregunta.

“No hay nada allí... solo... solo ratas... y mugre... todo está oscuro y... y... sucio... no hay nada allí”- decía la nueva dueña muy convencida de lo que decía.

Las siamesas se separaron aliviadas ya que de nuevo todo estaba callado. La empleada de pelo esponjado y el hombre se abrazaron y durmieron. Tortuguita miraba feliz a la nueva dueña, balbuceó un nuevo trabalenguas y se fue feliz a jugar con los vestidos de las muertas.

“¿Qué está pasando aquí...?”.

Sus manos sudaban y temblaban horriblemente, pero debía volver a subir mientras no hubiera nadie despierto. Su nariz empezó a detectar toda clase de inmundicias mientras ascendía de nuevo por las escaleras, y el sudor invadió todo su cuerpo.

Con sigilo alumbró más arriba para ver si los piecitos habían desaparecido.

En efecto, ya no había piecitos asomados por las rejas; ahora eran caritas asustadas las que se veían dentro de los dos cuartos enjaulados.

La nueva dueña quería dejar escapar un grito, pero se tapó la boca con una mano y se mordió la lengua.

Una pequeña niña, con colas ralas en su cabecita y un gorrito celeste se escabulló por entre las barras y susurró: “tengo hambre...”.

La enfermera trataba de retener aquella masa gigante y gritona, “¡no puede salir aún! ¡La doctora no lo permite! ¡Estese quieta, por Dios!”

“¡Es mi tienda! ¡Es mi tienda! ¡ES MI TIENDA!”.

Cuando la nueva dueña bajó de nuevo, horrorizada y sin saber qué hacer, Tortuguita la esperaba mirándola con entusiasmo – “nn... nnn... niño... nn... nnn... niña... muchos, ¿sí? ¡Jugar, jugar, jugar!”.

La nueva dueña entró en pánico, le tapó la boca violentamente a Tortuguita- “no lo vuelvas a mencionar... ¡nunca más lo menciones! ¡Nunca, jamás! ¿Entiendes?... ¡entiendes!”- muy asustada Tortuguita no hizo ningún movimiento...

La nueva dueña corrió a despertar a la empleada de pelo esponjado, la cual escuchó la historia con un verdadero asombro y pavor inexplicable.

Por un momento se miraron a los ojos como leyéndose los pensamientos... ambas tenían rastros de codicia entre las lágrimas, y se preguntaron si ambas estarían pensando la misma crueldad...

“T-t-tal vez... ¡digo yo! Quizás no sea tan mala idea... Es decir... son huérfanos y hay tantas familias con amor para dar a esos pequeños...”

“¡Sí! Sí, sí... eso digo yo. Claro... la gente nunca valora verdaderamente lo que no les cuesta... Además, en esta ciudad hay gente muy adinerada...”

“Talvez... bueno... talvez podamos hacerlo con los que ya están encerrados... ¡qué mas da! Sería liberarlos, ¿no? No hay que seguir robando chiquillos, solo terminar lo que esa vieja gorda empezó”.

“Tenemos que hablarlo con los demás... El dinero de mi difunto marido no nos durará por siempre, y ya no queremos cobrar por la ropa...”.

“¡Claro! Además, la vieja esa sólo quería el dinero, nosotras tenemos una buena causa en mente... Aunque tiene que ser un secreto... No vaya a ser que los demás no entiendan nuestras verdaderas intenciones”.

No valía la pena esconder semejante suceso... le contaron a todos del nuevo descubrimiento. Las siamesas se agarraban el pelo y lloraban, lloraban desconsoladas...

El hombre corpulento se levantó despacio- “los vende...ella... esa maldita endemoniada los vende... Hay tantas madres desconsoladas... tantos niños solos, descuidados, huérfanos... Esa maldita vende a esos niños...”

La conversación fue interrumpida por una figura en la puerta de la tienda.

Era un mensajero, cargaba un par de cajas y dijo tener más afuera. Todos corrieron para rebuscar en el nuevo cargamento algo conocido. Las siamesas se ayudaron, pero nada. Ni la nueva dueña, ni el hombre corpulento tenían nada que buscar, pero tanta locura y la mala costumbre hacían que ambos buscaran frenéticamente la nada.

La empleada de pelo esponjado estaba quieta, y callada, demasiado callada... El hombre corpulento se volvió para abrazarla pero ella trató de correr fuera de la tienda. En sus manos llevaba un pañuelo azul que traía bordada una "G" en la esquina. Gritaba y gritaba como una loca, se arañaba los brazos y tropezaba cuando se liberaba de los fuertes brazos del hombre.

Tortuguita corrió hacia la entrada de la tienda con los brazos abiertos, y todos vieron con horror a una vieja gorda, hinchada, sudada y sangrando que bufaba en la puerta.

La nueva dueña corrió a liberar a las criaturitas de los cuartos embotados. "Esos niños no deberían caer en las manos de esa horrible mujer"- pensó. Corrió con todas sus fuerzas pero el hierro era demasiado fuerte para sus brazos ya débiles de tanto esperar y tan poco actuar.

Tortuguita miraba con una enorme sonrisa la llama que la vieja gorda encendía mientras las siamesas se arrinconaban y se tapaban la boca la una a la otra.

El hombre no podría controlar a la loca en que se había convertido su amada de pelo esponjado y a la vieja que tanto horror le provocaba. Así que tuvo que ver cómo aquella tambaleante mujer se acercaba con su llama a las escaleras.

Los niños notaron el alboroto y sabían que algo raro estaba pasando. Se empujaban contra los barrotes gritando en pánico colectivo. Fue tanta la desesperación que los niños se empezaron a asfixiar unos a otros en su afán por huir. La nueva dueña en su desesperación se ahogaba, lloraba y le sangraban las manos. Un pequeño niño sostenía a su hermana de colas ralas por la muñeca implorando "¡sálvela a ella, sálvela a ella!".

Lo último que la mujer logró divisar fue la cara de desesperación de aquel niño... "¿Qué he hecho...?"- se lamentó. Sintió cómo algo la jaló de su tobillo, y vio una gran llama y una mujer loca y ensangrentada que gritaba: "¡son míos! ¡Son míos! ¡No harás dinero con ellos, porque son sólo míos! ¡Maldita! ¡Maldita! ¡Malditos todos!".

La nueva dueña corrió junto con las empleadas, el hombre corpulento y Tortuguita que lloraba por tener la mitad de su inocente carita quemada.

Todos corrieron, viendo cómo la gorda, su tienda, las ropas y los niños bañaban de cenizas aquella desgraciada ciudad.